

GranCanaria

LA ISLA INFINITA



Estás a punto de embarcarte en un viaje a un 'continente' que, en este caso, cabe dentro de los límites de una isla atlántica. Imagina vivir en un mismo día lo que se siente al atravesar los mágicos bosques de laurisilva recubiertos de musgo y misterio, al caminar por pinares situados a más de mil quinientos metros de altura y contemplar las nubes bajo tus pies y al sumergirte cualquier día del año en las aguas cristalinas que acarician un litoral de sinuosas dunas.

Empezamos este recorrido en el mismo punto donde una vez estuvo Don Miguel de Unamuno. Lo que se ve al frente es el Roque Nublo, el resto de una formación volcánica que preside un escenario natural y geológico sobrecogedor. El escritor se quedó tan conmovido por la visión como lo siguen haciendo hoy en día los viajeros. Para él aquello era una "tempestad petrificada". Una muestra de las sensaciones que es capaz de provocarte esta isla.

Te encuentras en un sitio único en el mundo. Estás rodeado por antiguos y esbeltos pinos canarios. El aire más puro que puedas imaginar llena tus pulmones y también crece en tu interior la curiosidad por seguir explorando este paraíso para los sentidos. Tus pies y tu cabeza te piden ahora recorrer alguno de los múltiples senderos que serpentean por el corazón de la isla, con tantas y variopintas riquezas que explican por qué está protegida la mitad del territorio. De hecho, una parte importante de su interior tiene la consideración de Reserva de la Biosfera para preservar el brillo de este tesoro.

Es momento de continuar la ruta por este asombroso rincón del Atlántico. Te diriges hacia el sur del sur, dejando atrás la majestuosa silueta del Roque Nublo desde su atalaya a 1.813 metros de altitud. El paisaje cambia de manera vertiginosa y sorprendente a medida que descendes desde la cumbre.

Los almendros y los árboles frutales salpican los gigantescos barrancos producto de la erosión. El viaje de los sentidos no cesa jamás.

El sol, siempre resplandeciente en esta vertiente sureña de Gran Canaria, arroja su luz sobre las paredes de piedra, que cambian de color hora tras hora en un espectáculo inolvidable para tu vista. A lo lejos, desde una planicie entre el circo montañoso, divisas una fina línea dorada sobre el horizonte seguida por otra azul.

La franja amarilla se ha transformado en un complejo de dunas y playas kilométricas al borde de unas aguas tan claras y azules que, una vez más, resultan casi irreales. Aquí, en su cuarto viaje a América, hizo escala Colón. Hoy en día, el sur de Gran Canaria es un trozo del paraíso para turistas que buscan año tras año el lugar donde habita el sol en todas las estaciones.

Tu ropa y tu mochila están en la orilla. Desde el agua, y al mismo tiempo que tu cuerpo se carga de energía atlántica,



se te manifiesta otra visión de esta zona de la isla, casi a vista de pez. A la izquierda se levanta el faro. A sus pies se extienden restaurantes, hoteles y una amalgama de servicios de ocio de todo tipo que multiplican las opciones para disfrutar al máximo de este enclave. Más allá, a escasos kilómetros, se alza el terreno. En lo alto, en algún punto que tratas de adivinar, te encontrabas tú hace apenas una o quizás dos horas. Sí, te dices, la isla es infinita.

El mar es fuerza, vida y movimiento. Te has contagiado. Quieres seguir explorando la isla sin final. El impulso te conduce por la línea de costa, simplemente porque te apetece cubrir el trayecto de la mano del océano. La franja costera va cambiando al mismo tiempo que siguen aflorando los secretos. Las playas de arena negra son un reflejo del espíritu volcánico que alumbró la isla hace millones de años.

La Atlántida parece haber emergido de nuevo en Gran Canaria. La escultura de Neptuno, Dios del Mar, preside la playa de Melenara. Pocos kilómetros después, el Tritón te abre la puerta a una de las aventuras más excitantes de tu

visita, una que quizás tampoco te esperabas: Las Palmas de Gran Canaria, la luminosa y cosmopolita capital del Atlántico.

La ciudad habla por sí misma. El barrio de Vegueta, con más de quinientos años de historia, es un libro abierto sobre el pasado. La arquitectura neocolonial, representada en hitos como la Catedral o la Casa de Colón, dejan constancia de la fuerte personalidad atlántica de La Palmas de Gran Canaria, un cruce de caminos y de culturas. Caminando sobre el empedrado de estas calles viajarás a otro tiempo, paseando por ejemplo junto al lugar donde el descubridor de América recitó sus oraciones antes de zarpar de nuevo.

La ciudad posee su propia columna vertebral que es a la vez una manifestación de su personalidad alegre y vitalista. En un extremo verás a gente haciendo cola para disfrutar de un espectáculo en el Auditorio Alfredo Kraus mientras en el otro los pescadores limpian la pesca del día sobre las rocas. Entre medias puedes encontrar restaurantes y zonas comerciales impregnados por esa pasión por la vida que transmite la ciudad. La playa es mucho más que una playa.

Gran Canaria se cambia otra vez de traje en el Norte. De pronto, las laderas se cubren de fincas de plataneras y el litoral se vuelve más salvaje pero igual de sugerente. Entre los mares de plataneras asoma una bella basílica de piedra de cantera, otro acontecimiento que probablemente tampoco te esperabas. Aquí también se destila ron, otro de los eslabones de esa cadena visible e invisible que conecta a la isla con el continente americano. Ya sabes que esto no es el final. Supone apenas el principio de tu relación eterna con Gran Canaria, la infinita isla de los mil rostros.



Más Información en www.grancanaria.com